

GENIO.

(NECESIDAD DE REPRIMIRLO.)

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo.

(MATT. XVI, 24.)

Ved, cristianos oyentes míos, en solo una máxima del Evangelio, todas las máximas evangélicas; en solo un precepto, todos los preceptos; en sola una virtud, la abundancia y el lleno de todas las virtudes: ved igualmente el único medio de santificarse, y la perfección de la santidad: de suerte, que esta abnegación es, á un tiempo mismo, el principio y el colmo de la virtud cristiana: el primer paso y el último en los caminos de la salvación; lo que la gracia pide á los que empiezan, y el último esfuerzo de la gracia en los más perfectos, camino y término de la virtud, preparación y fruto de todas las virtudes.

Pero ¿qué es renunciarse á sí mismo, y en qué consiste esta abnegación interior, que en la ley nueva se nos manda con precepto, y los Padres y doctores nos enseñan, que consiste en levantar el edificio de la gracia sobre las ruinas de la naturaleza, en formar el hombre nuevo de los despojos del hombre viejo, en arrancar de nuestro corazón hasta las últimas raíces de la concupiscencia, para que, no quedando en él nada nuestro, sea todo de Dios? Consiste, pues, en vivir con las armas en la mano contra todos los deseos, en resistir á todas las inclinaciones, en traer sujetos todos los apetitos.

Mas ¿cómo será posible reprimir tantos deseos, contener tantas inclinaciones, y degollar tantos apetitos? Esforcémonos á conseguir una sola victoria, y habremos vencido á todos nuestros enemigos. La naturaleza se ha complacido en variar sus obras; todas tienen, empero, alguna semejanza que las conforma, alguna diferencia que las distingue; puede decirse, que cuantos hombres hay en el mundo, otros tantos mundos hay en este vasto universo movidos con otras máquinas, gobernados por otras leyes, sujetos á otras revoluciones: cada uno tiene su carácter, su natural, su temperamento, lo que se llama su flaco, su humor; todas las demás propensiones, como sujetas, como

rendidas á esta inclinación dominante, nacen y mueren con ella. De donde se sigue, que la abnegación evangélica consiste especialmente en una continua vigilancia en dominar el genio.

Repito, pues, y digo con Jesucristo: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum*. Almas cristianas, que queréis conservaros en los caminos de la virtud; almas fervorosas, que aspiráis á las sendas de la perfección, poned vuestro principal esmero en reprimir vuestro genio. ¿Por qué así? Porque el genio, no resistido, arrastra y precipita en los mayores vicios; porque el genio, no dominado, estraga y vicia las mayores virtudes. Esto es lo que me propongo demostraros. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sin una atención y vigilancia continua en dominar el genio, en contradecir el genio, en reprimir los ímpetus del genio, es difícil, es moralmente imposible, que el hombre se contenga en los límites de la religión, y que cumpla con toda su extensión las obligaciones que ella le impone. Nuestra religión es religión de virtud y de inocencia; religión de paz y de caridad; religión de orden y de equidad. Religión de virtud y de inocencia, para defender el corazón humano de la corrupción del vicio: religión de paz y de caridad, para conservar entre los hombres la unión y la concordia: religión de orden y de equidad, para hacer á los hombres útiles mutuamente en la diferencia de estados y condiciones. Obligaciones de virtud y de inocencia respecto de Dios: obligaciones de paz y de caridad respecto de los hombres: obligaciones de orden y de equidad respecto de su estado y de su condición: ó por mejor decir, obligaciones de virtud y de inocencia respecto de un Dios de pureza y de santidad; obligaciones de paz y de caridad respecto de un Dios de paz y de concordia; obligaciones del estado y condición respecto de un Dios de orden y de equidad: tres géneros de obligaciones, que no cumplirá de ningún modo el hombre, que obra según los impulsos de su genio.

Tal es la abundancia de las misericordias de nuestro Dios, que, para atraernos á sí, parece se pone á estudiar el carácter, el temple, el humor de nuestro corazón. Conoce el barro de que nos formó: escoge, entre todos, el movimiento más idóneo para conmover nuestra alma: sabe, entre todas las gracias, la que experimentará menos resistencias. Franquéase, entónces, nuestro corazón como espontáneamente á una gracia, que solo hace sentir lo que tiene de aliciente. Préstase, cede gustoso á una impresión, que no halla oposición, ni en el genio, ni en las circunstancias. Cualquiera otra gracia hubiera encontrado mayores obstáculos.

Lo que hace Dios para reducirnos al verdadero camino, para salvarnos, eso mismo ejecuta el demonio para extraviarnos, para perdernos, imitando con sus misterios de mentira los misterios de la gracia. Atento á descubrir las sondas de nuestra alma, estudia sus inclinaciones, sus propensiones: conoce en ella, muchas veces, lo que nosotros no llegamos á conocer: sírvese de nosotros contra nosotros, y toma de nuestro corazon las armas con que nos hiere. A una alma envidiosa la representa con los más vivos colores la pompa, el lucimiento de la prosperidad ajena: hácela infeliz con la dicha de otro; y del deseo de la opulencia, que no posee, la conduce al odio de los que la gozan. A una alma puntillosa y resentida la prepara una afrenta, una zumba, un insulto: aviva su memoria, perpetúala, vuelve á abrir la llaga luego que empieza á cerrarse; irritala, encrudécela, inflámala, hácela más profunda, y dispónela, que solamente vea la satisfacción de su agravio en las dulzuras de la venganza. A una alma interesada muéstrala una gran fortuna, que solo pide una gran maldad. En una palabra, luego que el demonio nos averigua algun flaco, por él nos acomete, y por una infeliz experiencia está segurísimo de lograr sus tiros.

Revolved los fastos del mundo, y hallareis, que el genio causa casi todos los desórdenes que han contaminado la tierra: vereis el genio, hermanado con la envidia, abortar el furor de Cain contra Abel: las persecuciones de Saul contra David: la conjuracion de los hijos de Jacob contra Josué: notareis el genio, con su imprudencia y curiosidad, ocasionar las desgracias de Dina: los oráculos falsos de los profetas de la mentira: las supersticiones de los agoreros é impostores en Israel y en Judá: veréisle, con sus tímidas desconfianzas, causar las infidelidades de Moisés y de Aaron, y juntamente las murmuraciones del pueblo en el desierto. Vereis por todas partes el genio vivo, ardiente en sus deseos, violento, impetuoso en sus arrebatos, que, tarde ó temprano, cae en los mayores excesos; veréisle convertirse repentinamente en una pasion impetuosa, que, á manera de un torrente precipitado, rompe los diques que le contenian: vereis una centella hacerse un incendio, que, despues de haberlo abrasado y consumido todo, no se apaga, alguna vez, sino con la vecindad del sepulcro: vereis hombres cuerdos en todo lo demás, que ni guardan moderacion, ni leyes, ni atenciones en lo que toca á su genio: hombres de una singular circunspeccion, que faltan á su carácter, que se olvidan enteramente de sí, en ciertas ocasiones, que no se les conoce, ni se conocen á sí mismos. ¿A dónde llega, pues, nuestra ceguédad? ¿Qué encanto es el nuestro, amados oyentes míos, cuando dejamos para los solitarios

que habitan los claustros el ejercicio de la renuncia y abnegacion del Evangelio? Convengo que, por razon de la santidad de su vocacion, por la perfeccion de sus leyes, el precepto de renunciarse á sí mismo, de morir para sí mismo, es de más estrecha obligacion y más indispensable para las almas religiosas; pero yo os digo, que lo que la santidad del estado pide de estas almas retiradas del mundo, los peligros del mundo lo exigen de los hombres que viven en el mundo. El genio es el que enciende esas impacencias vivas y arrebatadas, tan prontas en prorumpir en repentinos y precipitados furores: los tiros, que no penetran hasta lo más vivo del corazon, son tiros sin fuerza, que fácilmente se perdonan; porque no hay necesidad de perdonar lo que no injuria al genio. Pero el genio ofendido é irritado no disimula nada.

El genio es el que, en el retrete silencioso y retirado del alma, engendra el misterio de nuestras antipatías y aversiones: un aire muy libre ó muy encogido, muy rústico ó muy risueño, muy desembarazado ó muy reservado, muy resuelto ó muy atado; un gesto, los modales, el metal de la voz, una nonada, nos desazona, nos encoleriza. No conocemos todavía al que aborrecemos, no le conocemos ciertamente, ni tenemos motivo de aborrecerle; y ya huimos, ya nos desviamos de él, no perdemos ocasion de exasperarle, de contradecirle; tenemos gran complacencia en desagradarle cuanto él nos desagrada; no queremos amarle ni ser amados de él.

El genio es el que rompe los vínculos más sagrados de la sangre y de la naturaleza. Padres caprichosos é hijos indóciles, un marido celoso y una mujer demasíadamente risueña, amos descontentadizos y criados perezosos, superiores, altivos y soberbios, y súbditos de dura é intratable condicion, amigos burladores y amigos puntillosos, genios contrarios á otros genios, irritados por otros genios, alterados con la oposicion de otros genios; de ahí proceden los divorcios, que separan lo que Dios habia juntado; de ahí las invectivas, las quejas, el estrépito, el tumulto, que turban el sosiego y union de las familias; de ahí todas las calamidades cuya victima somos, y todas las discordias cuyos autores somos nosotros: de ahí todo lo que tenemos que sufrir de los demás, y todo lo que los demás sufren de nosotros. Con que, es indispensable hacer guerra al propio genio; porque, sin esta precaucion, no se puede cumplir con los deberes de paz y de caridad, que tienen por objeto al Dios de union y de concordia; ni se puede cumplir con las obligaciones del estado y de la condicion, que miran al Dios de orden y de equidad. El buen orden, la felicidad, la tranquilidad pública, dependen del esmero con que cada uno sepa conte-

nerse en los límites de su estado, sujetarse á las leyes de su estado, cumplir segun su estado con las obligaciones de padre, de magistrado, de superior, de inferior: yo intento, pues, hacerlos ver, que de un hombre, que no reprime su genio, nunca se hará un buen padre, un buen amo, un buen hijo, un buen doméstico, un buen juez, un buen ciudadano. ¿Cómo así? Porque no hay estado alguno de los referidos, que no os ponga en la necesidad de tener relacion con los demás hombres, y, por consiguiente, que no os ponga en la necesidad de acomodarse al genio de los demás hombres; porque todos estos estados piden atenciones, contemplaciones, condescendencias, que ninguno practicará, sino en cuanto se domine á sí y á su genio; porque en cada uno de estos estados el genio encuentra obstáculos que le irritan, contradicciones que le exasperan penalidades y cuidados que le arredran: porque, en todo estado, el mérito principal, el mérito grande, el mérito más necesario, es saber ceder á todos los genios, acomodarse á todos los caracteres; vestirse, desnudarse sucesivamente de todas las formas y figuras; ceder y resistir, reprender y disimular, ofrecer y rehusar. Es necesario revestirse de tantas diferencias de condicion, cuantos son los hombres con quien se há de tratar: sin esto nada se hace, nada se consigue, y esto es puntualmente lo que nunca supo hacer el genio, que de nada entiende menos que de ceder y hacerse fuerza. Y ¿por qué más? Porque todos los estados piden una igualdad de ánimo, una continuacion de acciones y proceder, una serie de proyectos y designios, un fondo de atencion, de puntualidad, de cordura, de razon, que es incompatible con el genio.

Y este es, aunque lo digamos de paso, este es, cristianos míos, el gran desórden de nuestro siglo. Para resolverse á tomar un estado, consúltase el genio, determínase por el genio, y esto no para abrazar (como debiera ser) un estado, en que el genio ocasionase menos peligros, sino para elegir el estado que se conforma más con la inclinacion, con los caprichos del genio. Un genio ardiente y bullicioso llama á éste al tumulto de las armas: un genio pacífico y sosegado inclina á aquel á la magistratura ó al santuario. De donde sucede, que como el genio influye en la eleccion del estado, influye enteramente en la conducta que se guarda en él. Y ¿qué proviene de aquí? Que si un hombre está colocado en un cargo principal, para gobernarse á sí y gobernar á los demás, no sigue otro norte que su genio. Si es un genio entero y riguroso, para contener los progresos de la disolucion, quita la libertad, infunde el temor, destruye la confianza: cédese á su autoridad, pero queda aborrecido el que la ejerce: mucha

obediencia en las acciones; pero hierve en el corazón el ódio y la rebelion. Si es de genio indulgente y blando, otorga, porque no tiene ánimo para negar; hace bien, sin ser benéfico; ama la virtud, y tolera y permite el vicio: todo lo sabe, pero nada remedia. Mientras tanto, todo es desórden, toda confusion en una familia, en una ciudad, en una provincia: así se ocupa un grande empleo sin cumplir sus obligaciones. Concedo, desde luego, que acompañe un mérito sobresaliente; pero ¿qué mérito? mérito que el genio hace inútil, y, muchas veces, dañoso. Pongamos, pues, continua vigilancia en reprimir, en señorear el genio, porque cuando no se le hace guerra, precipita y arrastra á los mayores vicios; y añado tambien, que el genio, no mortificado, destruye y corrompe las mayores virtudes.

2. Poco importa haber sabido evitar los vicios y los escándalos del genio, si uno se deja gobernar por el genio en la práctica de la virtud; pues el genio, no domado, prontamente se desliza y se introduce en el ejercicio de la virtud, resultando de aquí una virtud vana y falsa, una virtud genial. Y ¿qué viene á ser la virtud genial? Es una virtud que mezcla con las virtudes, que ejercita, no pocos defectos, que no pueden dejar de desagradar á Dios: virtud, que despoja á las virtudes, que practica, del único mérito capaz de agradar á Dios. Virtud genial, virtud defectuosísima, virtud desnuda de todo mérito.

Piedad de genio, si me es lícito explicarme así, piedad llena de defectos. Porque ¿hasta dónde llega la fragilidad y miseria del hombre? Si hace esfuerzos por elevarse sobre sí mismo, cae y vuelve á su centro como agravado de su propio peso: huye, por un lado, de sí mismo, y encuéntrase por otro: si el genio no puede precipitarle en el desenfreno de grandes pasiones, hácese árbitro de sus virtudes, influye principalmente en su fervor, arregla su piedad: bien presto le comunica sus defectos é imperfecciones: forma una piedad reducida y muy limitada: una piedad soberbia y crítica: una piedad mudable é inconstante: una piedad ciega é ilusa: piedad, que léjos de edificar al mundo, le ofende, le escandaliza. Volvamos á tomar el hilo, y entendamos el pormenor de esta instruccion.

Piedad muy reducida, muy limitada en su extension. No siendo el genio otra cosa que una inclinacion particular, que domina y sujeta las demás inclinaciones, no se extiende á todo, no lo abraza todo: de donde nace, que el hombre se ciñe á la práctica de las virtudes que son propias de su carácter y temperamento. Y así se ejercitará en las obras penosas de penitencia, y huirá los abatimientos de la humildad: se dará todo al bullicio, á la agitacion del celo, y se negará al silencio de la oracion: tendrá amor al retiro y á la soledad, y perderá el

mérito del trabajo y de la caridad: activo y laborioso, sin moderacion, sin tranquilidad: solitario y retirado, sin movimiento y sin accion: afable y pacífico, sin autoridad y sin valor: entero é intrépido, sin afabilidad y condescendencia: prudente, sin sencillez: sencillo é ingénuo, sin prudencia y sin discrecion. Vendrá dia en que oiga esta reprehension: *Hæc oportuit facere, et illa non omittere* (MATTH. XXIII, 23). Verá que las virtudes que practicó, no suplieron la falta de las virtudes que no procuró adquirir: que faltar en algo, es lo mismo, en la presencia de Dios, que faltar en todo. La piedad cristiana es la piedad que obedece á una parte del Evangelio, sin negarse á la otra: piedad tan solícita en no omitir nada de lo mandado, como en no concederse nada de lo que se prohíbe.

Piedad de genio: piedad orgullosa y crítica. Como el genio solamente ejercita las virtudes que son de su gusto, no estima sino las virtudes que él practica. ¿Qué cosa hay más comun en el mundo, que oír á almas pacíficas y sosegadas declamar contra al celo y la inflexibilidad? á almas activas y laboriosas, hacer invectivas contra la paz y la quietud de la soledad? ¿Qué cosa más frecuente, que ver almas amigas de la oracion y del silencio, prorumpir contra la piadosa agitacion y santos apresuramientos de la caridad? almas, á quien un respeto verdadero ó fingido mantiene apartadas de la participacion de los misterios más augustos, reprobar el amor y confianza de los que vienen á buscar en ellos fuerzas y consuelos? Así elogia cada uno su conducta, satirizando la ajena; así se desahoga la malignidad, que se recrea diciendo mal de los otros, y la vanidad que induce á pensar bien de sí mismo.

Piedad de genio: piedad inconstante y mudable. Pero ¿qué hay que admirar, no habiendo cosa tan mudable ni de tanta veleidad como el genio, y gobernándose los hombres solamente por él? Acostumbrados á tomarlo todo con viveza, á dejarlo todo aún con más facilidad, encantados siempre con lo que se proponen hacer, se les ve pasar de un sistema de devocion á otro sistema; de un proyecto á otro proyecto; empezarlo todo, no acabar nada; intentar todas las virtudes, no fijarse en ninguna: y lo que es más lastimoso, que esa inconstancia, esa piedad debilita, poco á poco, el amor de la virtud: contráese la costumbre de mudar: la costumbre de dejar, muchas veces, un bien por otro bien; una funesta facilidad de dejar el bien por el mal; y á fuerza de pasar de una virtud á otra virtud, se llega, frecuentísimamente, á pasar de la virtud al vicio.

Piedad de genio: piedad ciega é ilusa. Nuestro corazon, dice san Agustín, engaña á nuestra razon; y nuestras inclinaciones son, por lo

comun, la regla de nuestros juicios: *Omne quod volumus, sanctum est*. ¿Hállase, uno, constituido en algun cargo principal? juzga, pues, que merece con su aspereza, y ofrece á Dios todo lo que hace padecer á los demás. ¿Hállase súbdito? murmura, se rebela, y vive satisfecho de que obedece á Dios, desobedeciendo á los hombres, que están en su lugar. ¿Gusta de oracion? no halla lágrimas suficientes con que llorar una distraccion; pero no pensará en llorar la inaccion de su ociosidad, los pasatiempos del juego, el fausto de su profanidad, las delicadezas y sutilezas de su amor propio. ¿Es de genio pronto y colérico? se reprenderá la menor condescendencia; pero se perdonará la crueldad de su odio, la vehemencia de sus invectivas, la libertad de sus murmuraciones, lo pesado de sus zumbas. El genio es de esta condicion: las virtudes, que le contradicen, le parecen defectos; los vicios, que él produce, le parecen virtudes.

Piedad de genio; piedad que lejos de edificar al mundo, le ofende, le escandaliza, desacreditando la verdadera piedad. ¿De dónde nace, como sabeis muy bien vosotros, ese modo de pensar del mundo, tan injurioso á la devocion, sino de que se ven devotos tercos y pagados de su dictámen, devotos extravagantes y caprichosos, devotos críticos y maldicientes, devotos indigestos y tétricos, devotos duros é inflexibles, devotos envidiosos y vengativos, devotos ociosos é inútiles, devotos curiosos y bulliciosos, devotos prontos y arrebatados; esto es, devotos dominados por el genio y gobernados por él?

Comprended ya, pues, amados oyentes, hasta qué término os debeis olvidar de vosotros, y renunciaros para vivir cristianamente. Ofreced á Dios el sacrificio de vuestro genio, porque, sin este sacrificio, nada hay en nuestra conducta que sea digno de él; y, al contrario, negarse á sí mismo por Dios, es el medio de alcanzar sus gracias en este mundo, y la felicidad eterna en el otro, felicidad que os deseó á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los hombres no dominan el genio como debieran, cuando les inclina al mal.

Los hombres son demasiado deferentes con el genio, cuando les conduce al bien.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los que tienen una buena índole, deben considerarla como una gracia particular que Dios les concede.

Los que tienen una buena índole, no deben servirse de ella para disculpar sus pecados.

Los que están dotados de una buena índole, no deben descuidarla.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los pecadores que tienen una mala índole, deben desconfiar de todo cuanto puede inducirles al mal.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben pedir gracia sin cesar.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben combatir sin tregua contra sí mismos.

GLORIA.

Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum.

Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino, que os está preparado.

(MATT. XXV, 34.)

Ensanchad hoy el corazon, amadísimos oyentes, y dad entrada en él á una santa alegría, pues no he de hablaros más que de felicidad, contento, bienaventuranza y gloria. Bien es verdad que, acaso, me es mucho más difícil de lo que pensáis, hablar de tal asunto; y ¿quién podrá tratarlo dignamente? El apóstol S. Pablo, que fué elevado por Dios al tercer cielo, y vió y oyó cosas que no es lícito á ningun hombre explicar, afirmó, que los bienes que nuestro benignísimo Criador tiene preparados en su paraíso, para quien le sirva fielmente aquí en la tierra, son tales, que ningunos ojos los vieron, ningunos oidos los oyeron, ni ningun entendimiento humano pudo concebirlos jamás (I Cor II, 9). Y, en efecto, los santos, que saben algo más que nosotros acerca del paraíso, poniéndose á hablar de él, apenas comenzaban á decir, paraíso, paraíso, cuando acababan inmediatamente, principian- do un dulce llanto, y quedando arrebatados con un bienaventurado éxtasis de alegría. No obstante, yo, con la gracia del Señor, quiero hacer una prueba de mí mismo, y para consuelo de vuestras almas, procuraré hacer, á lo ménos, un bosquejo de la entrada de una alma en el paraíso, y de la posesion que toma de este bello reino, cuyas

dos cosas hallo justamente bien expresadas en las palabras de mi tema, con las cuales convidará Dios para el cielo á los escogidos: *Venid, benditos de mi Padre*; hé aquí la entrada de un alma en el paraíso; *venid á tomar posesion del reino que os está preparado*; hé aquí la posesion que toma un alma de la gloria. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Desde dos diversos términos puede el alma dichosa de un predestinado, encaminar su vuelo hácia el paraíso; desde el aposento ó lugar mismo en que se apartó del cuerpo, y se libertó de esta cárcel mortal, aunque rara vez acontece; y desde la otra cárcel, más dolorosa, á donde la ha desterrado Dios para que satisfaga sus deudas á la divina justicia; quieró decir: desde el purgatorio, como sucede comunmente. Pero de cualquiera parte que se encamine, segun sea del agrado del Señor, siempre es cierto, que de un país de tinieblas, de melancolía, de afliccion, de penas y fatigas, se traslada á un país de luz, de gozo, de alegría y de descanso. ¡Qué inefable consuelo para un alma, que en el duro lecho, por ejemplo, que fué el lecho de su muerte, y puede llamarse la liza de su última y más terrible batalla, tuvo que luchar con los demonios y con sus agonías, verse de improviso victoriosa y alegre fuera del peligro, rodeada de gloria y dichosa con una sobrenatural y celestial bienaventuranza!

Pero vosotros direis, amados míos, que tan venturosa suerte está reservada para poquíssimos, que mira Dios con singular predileccion, y que vosotros, miserables, habeis de estar, despues de la muerte, penando largo tiempo en las llamas del purgatorio, cuando no sea mayor vuestra desgracia. Decis bien; mas yo replico, en primer lugar, ¿por qué no hacemos, á lo ménos, lo que esté de nuestra parte, para abreviar, cuanto sea posible, esta dolorosa residencia del purgatorio? ¿por qué no procuramos acortar el tiempo de ella con muchas buenas obras, con oraciones, con limosnas, con ayunos, con mortificaciones é indulgencias? En segundo lugar, replico, que cualquiera que sea el tiempo en que esto haya de suceder, ha de llegar ciertamente la hora, en que, satisfecha la divina justicia, se os caerán las pesadas cadenas de hierro, y saldreis de vuestra dolorosa prision, logrando una plenísima libertad. ¡Qué mudanza! Poco há, con prisiones, y, ahora, en posesion de un reino; poco há, abrasados, y, ahora, refrigerados; poco há, en las tinieblas y en el horror, y, ahora, en la claridad de una bellissima luz; poco há, léjos de Dios, anegados en llanto y llenos de dolor, y, ahora, cerca de Dios, sumergidos en Dios y gozando de la verdadera felicidad! ¿Qué contento no es el de un